



LAS MEJORES POESÍAS
(LÍRICAS)
DE LOS MEJORES POETAS XLIII

ALFONSINA STORNI

5° MILLAR

EDITORIAL CERVANTES
Av. ALFONSO XIII, 382
BARCELONA

ES PROPIEDAD
COPYRIGHT BY
EDITORIAL CERVANTES

Imprenta LA POLÍGRAFA: Balmes, 54.-Barcelona.

ALFONSINA STORNI

Siempre fieles a nuestro propósito de ir seleccionando para nuestra Antología las más bellas e inspiradas poesías del mundo, y con la satisfacción que nos causa poder dar al público grandes valores auténticos, pertenecientes a nuestra raza, nos complacemos en agrupar las mejores páginas líricas de Alfonsina Storni, la excelsa poeta argentina, que, con Delmira Agustini, Juana de Ibarbouro, Gabriela Mistral, Amalia Puga, María Monvel, Alicia Lardé y alguna otra, ensalza de un modo sorprendente el nombre de la mujer hispanoamericana.

Alfonsina Storni pasó su infancia en San Juan, provincia andina, y desde muy niña hubo de aplicarse al trabajo para ayudar a sus padres que habían sufrido reveses de fortuna; graduóse luego de maestra, perdió algunos años en tareas comerciales, que es fácil imaginar que habían de serle hartamente ingratas, y halló su verdadera senda hacia el año 1916, en que publicó su primer libro de versos titulado *La inquietud del rosal*. Desde entonces comenzó a colaborar en muy diversas revistas y diarios americanos. Siguió al primer libro nuevos libros de poesías: *El dulce sueño* (1918), *Irremediablemente* y *Languidez*, muy superiores todos ellos

al primero y de entre los cuales hemos escogido, añadiéndole algunas poesías inéditas, las que figuran en la presente selección. Además de poesías ha dado al público algunas novelas breves, cuentos, etc., y bajo el seudónimo de "Tao-Lao" algunos artículos de crítica publicados en *La Nación*. El último libro le fue doblemente recompensado, como primer premio del concurso anual municipal para la producción artística, de Buenos Aires, y como segundo premio nacional del concurso anual para la producción artística y científica del país.

Con ser su obra considerable pueden esperarse aún muy bellos y sazonados frutos, pues la ilustre poeta argentina sólo cuenta en la actualidad 29 años. Por lo demás, no ha podido poner todas sus energías al servicio de su obra literaria, ya que ha tenido que luchar no poco con las necesidades de la vida. Ama el teatro—lo cual casi podría deducirse, leyendo cuidadosamente su obra, por la manera de estar concebidas determinadas poesías—, pero no ha producido nada para él, tal vez por falta de propicio reposo.

A propósito de su obra, escribe el poeta Fernando Maristany:

"La obra de Alfonsina Storni nace de su gran sensibilidad anímica. Su alma se cierne sobre las realidades de la vida a una altura a la cual no puede seguirle la materia. De aquí que ambas se hallen en desacuerdo. El dilema es éste: O

descender el alma al nivel de la materia o ascender la materia al nivel del alma. La relativa paz sólo puede hallarse en su relativa armonía. Pero el alma de Alfonsina Storni no transige en descender. Las realidades de la vida no llenan sus anhelos, sus aspiraciones idealistas. Pero esas aspiraciones son tan férvidas, tan esencia de su alma, tan carne de su carne, que las sueña despierta, les presta vida y calor, y sin ser siempre "la realidad", cobran más vida en su ser, son más suyas que todo lo real. Consecuencia de su idealismo es su nota panteísta y primitiva. Lo vulgar, lo insincero, lo monótono, lo artificioso, la abruman. Esa mirada retrospectiva y ese panteísmo, son un refugio, un bálsamo, para su alma delicada y sutilísima, poco propicia a los fervores místicos.

Como en Shelley, hay en Alfonsina Storni un idealismo intransigente, que hace que tropiece con rudeza contra las cosas vulgares y macizas de la vida. Nuestra poetisa se siente incomprendida y solitaria entre las gentes, siente su vida, por lo general, fallida; siente que sus más grandes aspiraciones no han logrado realidad plena, e instintivamente se pregunta el motivo. Se hace reflexiva. Analiza psicológicamente las causas exteriores e interiores. Y en sus adentros halla contradicciones, desfallecimientos, puntos oscuros, misterios desconcertantes que algo de su propia esencia rechaza—y que dicho sea de paso, hallarían en diversas proporciones, si se analizaran, fina y hondamente,

todos los humanos—, y acaba por desconfiar de su propio corazón, para con el cual se muestra intolerante, dura, cruel, a veces. Conscientemente se humilla, se desprecia. Luego reacciona, se hace efusiva, y asciende en un vuelo recto y seguro hacia las más inmateriales generosidades, tal como las siente en aquel momento, tal como, con toda el alma, quisiera sentir las siempre. Y, en su efusión, se siente buena, purificada por el sacrificio... Pero cuando bajo esa impresión llega un nuevo dolor, busca en las crueldades externas la causa de ese mal que la exacerba. Y aparece la amargura, la afilada ironía, el cansancio, el desdén hacia la vida... Y analiza de nuevo su alma, y otra vez se castiga, y saca de ella nuevas y más puras efusiones... Terrible círculo vicioso, cuya causa está en la intransigencia de su alma y de su materia, que reclaman, cada una desde su plano, sus fueros opuestos.

Como la vida de que está tomada, su obra es mudable, sigue sus inflexiones contradictorias, y su arte se amolda mansamente a su variable estado espiritual. Así, vemos en sus poesías los más diversos matices, dentro de la unidad de su carácter personalísimo.

Ya se muestra reflexiva, psicóloga, de una ironía que punza sin sentir, como en *El parque, Moderna*; ya con una sutilidad incomparable y una galanura fina, honda y amarga, como en *Mi hermana*, ya con una tendencia en que

parece insinuarse un anhelo místico, como en *Noche divina*, ya con un exacerbado anhelo panteísta, hondo y trágico, como en *Estrella...* A veces se hace filosófica, transcendente y a trechos cerebral o espiritual, como en *El león*, *Letanías de la tierra muerta*, *Si pudiera...*, cuya penúltima estrofa es toda ella divina. Otras veces es efusiva, impulsiva y vigorosa, ante la crueldad de los que "no comprenden...", como en *Date más...* En ocasiones se expresa con una boutade genial, y llora la vulgaridad y la rectilínea monotonía ciudadana, con una lágrima cuadrada, como sus "cuadras" y sus casas; en otras se entrega a una generosidad casi extrahumana, a fuerza de rigor contra sí misma, y alcanza una maestría imponderable, como en *Carta lírica a otra mujer...* O da notas, que parecen arrancadas de un violín nostálgico y plañidero, como en *Han venido...*, en *Junto a la ventana*, en *Luna llena*. O da en una metáfora genial, como en *Vieja luna...* O hace entrega humilde de su ser, como en *El hombre sereno*.

En *Llévame*, es ingrávida como una sombra; en *Noche lúgubre* muéstrase electrizada, impulsiva, simbólica, con todo el "efectismo" de una tempestad nocturna; en *Tu dulzura* parece una poetisa griega, con sensibilidad moderna, esculpiendo sus versos musical y aladamente, si cabe así decirlo; en *Hombre pequeño* es chispeante, irónica y elástica, a la manera más noble de Catulo.

Si en Delmira Agustini es fácil señalar, a pesar de su genio sublime, la influencia de tal vicio o de tal poeta de su época, en Alfonsina Storni no se marca concretamente influencia alguna. Siendo como es muy joven todavía, cabe esperar de ella nuevas páginas geniales, pero es ya ahora, indudablemente, uno de los más altos valores líricos que han escrito en lengua castellana y una de las glorias más legítimas de la República Argentina."

EDITORIAL CERVANTES

PUDIERA SER...

Pudiera ser que todo lo que en verso he sentido
No fuera más que aquello que nunca pudo ser,
No fuera más que algo vedado y reprimido
De familia en familia, de mujer en mujer.

Dicen que en los solares de mi gente, medido
Estaba todo aquello que se debía hacer...
Dicen que silenciosas las mujeres han sido
De mi casa materna.. ¡ Ah, bien pudiera ser... !

A veces en mi madre apuntaron antojos
De liberarse, pero, se le subió a los ojos
Una honda amargura, y en la sombra lloró.

y todo eso mordiente, vencido, mutilado,
Todo eso que se hallaba en su alma encerrado,
Pienso que, sin quererlo, lo he libertado yo.

EL PARQUE

En el aire reseco, flota miel diluida,
De los árboles bajan zumos de primavera,
La sangre de los troncos su subida acelera.
La abeja soberana va a quitar una vida.

Por el urbano parque de rojizos senderos,
Afeitadas gramillas y artificiales fuentes,
Paseo. Las estatuas tienen tristes las frentes,
Pero a sus pies las flores saltan de los canteros.

Bosquecillos de acacias, puestos de trecho en trecho,
Calan el horizonte, al dibujo sensible.
Zumba un oro ligero, mas sin cuerpo visible.
Hay arriba un zafiro ahuecado por techo.

En el verdoso lago, donde el pétalo ambula,
Señoriales, los cisnes enarcados navegan;
Finas columnas blancas se reflejan y juegan
A encontrarse en el agua, que las tuerce y ondula

Como hace miles de años flota un áspero aliento
De mediodía, y bajo mi planta destructora,
La gramilla aplastada no se duele ni llora;
Pugna por levantarse sobre el brazo del viento.

Como hace miles de años sube de las corolas
Un venenoso, dulce y profundo llamado:
Páreceme que algo va a serme revelado.
Retrocede en el tiempo. Queman las amapolas.

¿Dónde he visto estos cisnes, esta hiedra, hace mucho?
¿Estas blancas columnas y este sol deslumbrante?
No tenía estas ropas grises de caminante:
Yo nadaba en un lago y escuché lo que escucho.

De la voz de los hombres levantábase un coro:
Era bajo las selvas y cerca de las ondas...
Un dios buen humorado repartía su oro,
Y era su oro una risa taladrando las frondas.

Una nota asustada, suelta mi pecho magro.
¿Siento mi voz acaso como por vez primera?...
Ah, el corazón disuelto de tanta primavera
Está fuera del tiempo y anticipa un milagro.

Está fuera del tiempo, porque vuelvo la vista
Al tupido bosque de espinosas retamas
Y presiento que acechan las pupilas en llamas
De algún sátiro joven que al asalto se alista.

Va la tierra a prensarse bajo el casco de uña,
Y a su grito salvaje, verá alzarse las aves
De sus nidos ocultos, y los céspedes suaves
Encogerse al amago de la dura pezuña.

Algo de otras edades, de una extraña grandeza,
Sorprenderá a los cisnes blancos del siglo XX,
sonreirán las bocas de mármol de la fuente
Al amor desusado de una fiera simpleza.

Por mirar como escapan las mujeres rosadas,
Las mujeres de piedra darán vuelta a sus bustos,
Y en la sombra discreta de los negros arbustos
Habrá una fuga fina de blancas carcajadas.

Pero es grave el contraste: bajo mis ojos cae
Saliendo del bosque, una cara pulida:
Es de mi siglo: un joven; por la boca sin vida
Pasa un cansancio lento que a lo real me trae.

Hacia mí se encamina con un paso que ondula,
Su piel amarillenta le da una muerta gracia,
Ojeras prematuras sellan su aristocracia;
Pasa a mi lado, mira, me pesa y me calcula...

Galantería fácil, frase de primavera,
Irrumpe de su boca, tenue mancha lavada;
Miro sus manos pulcras y su barba afeitada,
Y se anima en sus ojos una llama ligera.

...Pero se aleja a paso reposado y tranquilo,
Algún cisne lo mira sin sorpresa en el lago,
Sigue cantando el ave su canto fino y vago,
La araña no ha cesado de tejer con su hilo.

El sol, sobre su cuerpo, cobra la indiferencia
De un filósofo triste que contemplara escombros;
Cada vez más se alejan los rellenados hombros
Y a su paso las cosas se cargan de paciencia.

No han girado sus bustos las mujeres de piedra;
Sigue el agua goteando con idéntico canto;
En el bosque no hay risas ni carreras de espanto;
Mana un negro silencio, y está quieta la hiedra...

Allá lejos se pierde la figura del hombre;
Recuerdo su mirada, turbia y domesticada.
¡ Oh suspicaz, moderna y pequeña mirada,
El corazón me llenas de una angustia sin nombre!

Comprendo, rodeada de inocente verdura,
Y arrancada a mi siglo, descolorido y feo,
Cuan lejano está el tiempo en que, puro, el deseo,
Era llama tan limpia como el sol de la altura.

DOLOR

Quisiera esta tarde divina de octubre
Pasear por la orilla lejana del mar;

Que la arena de oro, y las aguas verdes,
Y los cielos puros me vieran pasar.

Ser alta, soberbia, perfecta, quisiera,
Como una romana, para concordar

Con las grandes olas, y las rocas muertas,
Y las anchas playas que ciñen el mar.

Con el paso lento, y los ojos fríos
Y la boca muda, dejarme llevar;

Ver cómo se rompen las olas azules
Contra los granitos y no parpadear;

Ver cómo las aves rapaces se comen
Los peces pequeños y no despertar;

Pensar que pudieran las frágiles barcas
Hundirse en las aguas y no suspirar;

Ver que se adelanta, la garganta al aire,
El hombre más bello; no desear amar...

Perder la mirada, distraídamente,
Perderla, y que nunca la vuelva a encontrar;

Y, figura erguida, entre cielo y playa,
Sentirme el olvido perenne del mar.

MI HERMANA

Son las diez de la noche; en el cuarto en penumbra
Mi hermana está dormida, las manos sobre el pecho;
Es muy blanca su cara y es muy blanco su lecho.
Como si comprendiera, la luz casi no alumbra.

En el lecho se hunde a modo de los frutos
Rosados, en un hondo colchón de suave pasto.
Entra el aire a su pecho y levántalo, casto,
Con su ritmo midiendo los fugaces minutos.

La arropo dulcemente con las blancas cubiertas
Y protejo del aire sus dos manos divinas;
Caminando en puntillas cierro todas las puertas,
Entorno los postigos y corro las cortinas.

Hay mucho ruido afuera; ahoga tanto ruido;
Los hombres se querellan, murmuran las mujeres;
Suben palabras de odio, gritos de mercaderes:
Oh, voces, deteneos: no entréis hasta su nido.

Mi hermana está tejiendo como un hábil gusano
Su capullo de seda: su capullo es un sueño.
Ella con hilo de oro teje el copo sedero.
Primavera es su vida. Yo ya soy el verano.

Cuenta sólo con quince octubres en los ojos,
Y por eso los ojos son tan limpios y claros;
Cree que las cigüeñas, desde países raros,
Bajan con rubios niños de piecitos rojos.

¿Quién quiere entrar ahora? Oh, ¿eres tú, buen viento?
¿Quieres mirarla? Pasa. Pero antes, en mi frente
Entíbiate un instante; no vayas de repente
A enfriar el manso sueño que en la suya presiento.

Como tú, bien quisieran entrar ellos y estarse
Mirando esa blancura, esas pulcras mejillas,
Esas finas ojeras, esas líneas sencillas.
Tú los verías, viento, llorar y arrodillarse.

Ah, si la amáis un día sed buenos, porque huye
De la luz si la hiere. Cuidad vuestra palabra
Y la intención. Su alma, como cera se labra,
Pero como a la cera el roce la destruye.

Haced como esa estrella que de noche la mira
Filtrando el ojo de oro por cristalino velo:
Esa estrella le roza las pestañas y gira,
Para no despertarla, silenciosa en el cielo.

Volad si os es posible por su nevado huerto:
¡Piedad para su alma! Ella es inmaculada.
¡Piedad para su alma! Yo lo sé todo, es cierto,
Pero ella es como el cielo: ella no sabe nada.

ESA ESTRELLA

Esa estrella, la roja, de tal modo escintila
Que quisiera sentirla palpar en mi pecho...
Silenciosa me quedo en la noche tranquila,
Encogida de miedo, bajo el fúlgido techo.

¡Cómo es roja y pequeña!.. Se me antoja una guinda
Madurada y sabrosa.. Quisiera poseerla,
Redondearla en mis dedos, conocer lo que brinda,
Paladearla en mi boca, con mis dientes morderla.

¡ Oh la fruta divina que crear a Dios plugo!
¿Qué sabor delicioso no tendría su jugo?
¿Qué perfume selecto no tendría su pulpa?

¡Pobre boca mía, codiciosa del cielo
Pobre boca imprudente que no logra consuelo ,
Pobre boca sedienta, castigada sin culpa

ALMA DESNUDA

Soy un alma desnuda en estos versos,
Alma desnuda, que angustiada y sola,
Va dejando sus pétalos dispersos.

Alma que puede ser una amapola,
Que puede ser un lirio, una violeta,
Un peñasco, una selva y una ola.

Alma que como el viento vaga inquieta,
Y ruge cuando está sobre los mares,
Y duerme dulcemente en una grieta.

Alma que adora, sobre sus altares,
Dioses que no se bajan a cegarla;
Alma que no conoce valladares.

Alma que fuera fácil dominarla
Con sólo un corazón que se partiera
Para en su sangre cálida regarla.

Alma que cuando está en la primavera
Dice al invierno que demora: vuelve,
Caiga tu nieve sobre la pradera.

Alma que cuando nieva, se disuelve
En tristezas, clamando por las rosas
Con que la primavera nos envuelve.

Alma, que a ratos, suelta mariposas
A campo abierto, sin fijar distancia,
Y les dice: libad sobre las cosas.

Alma que ha de morir de una fragancia,
De un suspiro, de un verso en que se ruega,
Sin perder, a poderlo, su elegancia.

Alma que nada sabe y todo niega.
Y negando lo bueno el bien propicia,
Porque es negando como más se entrega.

Alma que suele haber como delicia
Palpar las almas, despreciar la huella,
Y sentir en la mano una caricia.

Alma que siempre disconforme de ella,
Como los vientos vaga, corre y gira;
Alma que sangra y sin cesar delira
Por el oro precioso de una estrella.

LA INÚTIL PRIMAVERA

Veintiocho veces van que yo la veo
Trabajando capullos del rosal;
Llegó cumpliendo, ardiente, mi deseo,
Cuando la tuve, todo ha sido igual:

Preparé un himno y se murió en gorjeo,
Me eché a ser río y terminé canal;
En otra primavera... ¡devaneo!
Ya está de nuevo y sigo con mi mal..

Veintiocho veces van!... De diez, yo guardo
Memoria triste de aquel paso tardo
Con que los días del invierno van

Hollando el alma para hacerle casa:
¡Veintiocho veces van que inútil pasa!
¿Cuántas, por verla aún, me faltarán?...

EL LEÓN

Entre barrotes negros, la dorada melena
Paseas lentamente, y te tiendes, por fin,
Descansando los tristes ojos sobre la arena
Que brilla en los angostos senderos del jardín.

Bajo el sol de la tarde te has quedado sereno,
Y ante tus ojos pasa, fresca y primaveral,
La niña de quince años con su esponjado seno: ¿Sueñas
echarle garras, oh goloso animal?

Miro tus grandes uñas, inútiles y corvas;
Se abren tus fauces, veo el inútil molar,
E inútiles como ellos van tus miradas torvas
A morir en el hombre que te viene a mirar.

El hombre que te mira tiene las manos finas,
Tiene los ojos fijos y claros como tú.
Se sonríe al mirarte. Tiene las manos finas
León, los ojos tiene como los tienes tú.

Un día, suavemente, con sus corteses modos
Hizo el hombre la jaula para encerrarte allí,
Y ahora te contempla, apoyado de codos,
Sobre el hierro prudente que lo aparta de ti.

No cede. Bien lo sabes. Diez veces en un día
Tu cuerpo contra el hierro carcelario se fue:
Diez veces contra el hierro fue inútil tu porfía.
Tus ojos, muy lejanos, hoy dicen: ¿para qué?

No obstante, cuando corta el silencio nocturno
El rugido salvaje de algún otro león,
Te crees en la selva, y el ojo, taciturno,
Se te vuelve en la sombra encendido carbón.

Entonces como otrora, se te afinan las uñas,
Y la garganta seca de una salvaje sed,
La piedra de tu celda vanamente rasguñas
Y tu zarpazo inútil retumba en la pared.

Los hijos que te nazcan, bestia caída y triste,
De la leona esclava que por hembra te dan,
Sufrirán en tu carne lo mismo que sufriste,
Pero garras y dientes más débiles tendrán.

¿Lo comprendes y ruges? ¿Cuándo escuálido un gato
Pasa junto a tu jaula huyendo de un mastín,
Y a las ramas se trepa, se te salta al olfato
Que así puede tu prole ser de mísera y ruin?

Alguna vez te he visto durmiendo tristeza,
La melena dorada sobre la piedra gris,
Abandonado el cuerpo con la enorme pereza
Que las siestas de fuego tienen en tu país.

Y sobre tu salvaje melena enmarañada,
Mi cuello, delicado, sintió la tentación
De abandonarse al tuyo, yo, como tú, cansada,
De otra jaula más vasta que la tuya, león.

Como tú contra aquélla mil veces he saltado,
Mil veces, impotente, volvíme a acurrucar.
¡ Cárcel de los sentidos que las cosas me han dado!
Ah, yo del universo no me puedo escapar.

Y entre los hombres vivo. De distinta manera
Somos esclavos; hazme en tu cuello un rincón.
¿Qué podrías echarme? ¿Un zarpazo de fiera?
Ellos, de una palabra, rompen el corazón.

ANIMAL CANSADO

Quiero un amor feroz de garra y diente
Que me asalte a traición en pleno día,
Y que sofoque esta soberbia mía,
Este orgullo de ser todo pudiente.

Quiero un amor feroz de garra y diente
Que en carne viva inicie mi sangría,
A ver si acaba esta melancolía
Que me corrompe el alma lentamente.

Quiero un amor que sea una tormenta,
Que todo rompe y lo remueve todo
Porque vigor profundo la alimenta.

Que pueda reanimarse allí mi lodo,
mi pobre lodo de animal cansado,
Por viejas sendas, de rodar, hastiado.

DATE MAS...

A pesar de todo esto donde muero de angustia,
Oigo voces que dicen: date más, date más...
¿Qué más puedo ya darte? A los vientos mi alma,
Para quien la comprenda... a los vientos está.

Algunas voces siguen diciendo todavía:
El alma es poca cosa, date más, date más...
¡Oh!, quisiera yo darte lo que tengo y no tengo,
Pero tú que lo pides, ¿qué es lo que me darás?...

Pequeños somos, hombre, pequeños y menguados;
Ah, por más que yo hable nunca me entenderán.
Vulgares por la calle se me saldrán al paso
Diciéndome sin tregua: ¡ date más, date más!...

Fuera yo inagotable como mina de oro.
Fuera yo inagotable, generoso caudal,
Y oyera a cada paso como dicen las voces
Tranquilas y felices: date más, date más...

¿No sabes lo que arrancan las palabras que arrojo?..
La lengua se té caiga si dices al pasar:
Mujer que das el alma de tan fácil manera..
Es poco lo que ofreces: ¡ date más, date más!

LETANÍAS DE LA TIERRA MUERTA

Llegará un día en que la raza humana
Se habrá secado como planta vana,

Y el viejo sol en el espacio sea
Carbón inútil de apagada tea.

Llegará un día en que el enfriado mundo
Será un silencio lúgubre y profundo:

Una gran sombra rodeará la esfera
Donde no volverá la primavera;

La tierra muerta, como un ojo ciego,
Seguirá andando siempre sin sosiego,

Pero en la sombra, a tientas, solitaria,
Sin un canto, ni un ¡ay!, ni una plegaria.

Sola, con sus criaturas preferidas
En el seno cansadas y dormidas.

(Madre que marcha aún con el veneno
De los hijos ya muertos en el seno.)

Ni una ciudad de pie.. Ruinas y escombros
Soportará sobre los muertos hombros.

Desde allí arriba, negra, la montaña
La mirará, con expresión huraña.

Acaso el mar no será más que un duro
Bloque de hielo, como todo obscuro.

Y así, angustiado en su dureza, a solas
Soñará con sus buques y sus olas.

Y pasará los años en acecho
De un solo barco que le surque el pecho.

Y allá, donde la tierra se le aduna,
Ensoñará la playa con la luna,

Y ya nada tendrá más que el deseo,
Pues la luna será otro mausoleo.

En vano querrá el bloque mover bocas
Para tragar los hombres, y las rocas

Oír sobre ellas el horrendo grito
Del náufrago clamando al infinito:

Ya nada quedará; de polo a polo
Lo habrá barrido todo un viento solo:

Voluptuosas moradas de latinos
Y míseros refugios de beduinos:

Obscuras cuevas de los esquimales
Y finas y lujosas catedrales;

Y negros, y amarillos y cobrizos,
Y blancos, y malayos y mestizos,

Se mirarán entonces bajo tierra
Pidiéndose perdón por tanta guerra.

De las manos tomados, la redonda
Tierra, circundarán en una ronda.

Y gemirán en coro de lamentos:
—¡ Oh cuántos vanos, torpes sufrimientos!

—La tierra era un jardín lleno de rosas
Y lleno de ciudades primorosas;

—Se recostaban sobre ríos unas,
Otras sobre los bosques y lagunas.

—Entre ellas se tendían finos rieles,
Que eran a modo de esperanzas fieles,

—Y florecía el campo, y todo era
Risueño y fresco como una pradera;

—Y en vez de comprender, puñal en mano
Estábamos, hermano contra hermano;

—Calumniábanse entre ellas las mujeres
Y poblaban el mundo mercaderes:

—íbamos todos contra el que era bueno
A cargarlo de lodo y de veneno...

—Y ahora, blancos huesos, la redonda
Tierra rodeamos en hermana ronda.

—¡ Y de la humana, nuestra llamarada,
Sobre la tierra en pie no queda nada!

Pero quién sabe si una estatua muda
De pie no quede aún sola y desnuda.

Y así, surcando por las sombras, sea
El último refugio de la idea.

El último refugio de la forma
Que quiso definir de Dios la norma,

Y que, aplastada por su sutileza,
Sin entenderla, dio con la belleza.

Y alguna dulce, cariñosa estrella,
Preguntará tal vez—¿quién es aquélla?

—¿Quién es esa mujer que así se atreve,
Sola, en el mundo muerto que se mueve?

Y la amará por celestial instinto
Hasta que caiga al fin desde su plinto.

Y acaso un día, por piedad sin nombre
Hacia esta pobre tierra y hacia el hombre,

La luz de un sol que viaje pasajero
Vuelva a incendiarla en su fulgor primero,

Y le insinúe:—Oh, fatigada esfera:
¡ Sueña un momento con la primavera!

—Absórbeme un instante: soy el alma
Universal que muda y no se calma...

¡ Cómo se moverán bajo la tierra
Aquellos muertos que su seno encierra!

¡ Cómo pujando hacia la luz divina
Querrán saltar al astro que ilumina!

¡ En vano! ¡ En vano!... ¡ Demasiado espesas
Serán las capas, ay, sobre sus huesas

Amontonados todos y vencidos,
Ya no podrán dejar los viejos nidos

Y al llamado del astro pasajero
Ningún hombre podrá gritar: ¡yo quiero!!..

¿VERDAD?

Con este día obscuro el alma es un barrote;
Hermética, egoísta, desmiente la divina
Procedencia del hombre con su norma mezquina
Que no tiene una brizna siquiera de Quijote.

¿No cuadraría al cuerpo cuatro manos de simio,
Y un encéfalo pobre, rudimentario, nimio,
Para que, por lo menos, cumpliera con su vida Retozando
en la selva bellamente florida?

CUADRADOS Y ÁNGULOS

Casas enfiladas, casas enfiladas
Casas enfiladas.
Cuadrados, cuadrados, cuadrados,
Casas enfiladas.
Las gentes ya tienen el alma cuadrada,
Ideas en fila
Y ángulo en la espalda.
Yo misma he vertido ayer una lágrima,
Dios mío, ¡ cuadrada!

LA CARICIA PERDIDA

Se me va de los dedos la caricia sin causa,
Se me va de los dedos... En el viento, al pasar,
La caricia que vaga sin destino ni objeto,
La caricia perdida, ¿quién la recogerá?

Pude amar esta noche con piedad infinita,
Pude amar al primero que acertara a llegar.
Nadie llega. Están solos los floridos senderos.
La caricia perdida, rodará... rodará...

Si en los ojos te besan esta noche, viajero,
Si estremece las ramas un dulce suspirar,
Si te oprime los dedos una mano pequeña
Que te toma y te deja, que te logra y se va.

Si no ves esa mano, ni la pálida boca,
Si es el aire quien teje la ilusión de besar,
Oh, viajero, que tienes como el cielo los ojos,
En el viento fundida, ¿me reconocerás?

JUNTO A LA VENTANA

En la tarde de otoño, un sol blanco y dormido
Tiñe las aguas muertas del lago amarillento.
Mi corazón palpita cada día más lento...
¿Busca morir? Lo ignora, mas no quiere hacer ruido.

Nuestros ojos persiguen los lejanos reflejos...
¿Es la felicidad lo que lejos buscamos?
¡ Oh! Muchas veces, muchas, dijimos:—nos amamos.
¿Pero por qué los ojos vagan siempre tan lejos?

Digo tan quedamente que más bien lo adivinas;
—¿Me olvidarás? Levantas los tristes ojos suaves
Y leo en ellos; "¡Pobre mujer! Cuando las aves
De primavera vuelvan, mi amor estará en ruinas."

Y leo: "tan humilde como las hierbas eres,
Te doblas en mis manos y con tu vida juego;
Eres buena, mi sierva; pero hay otras mujeres;
Tienen los ojos mansos y la boca de fuego".

De la llanura muerta, sube un silencio sumo;
Allá lejos la cresta de una nube se dora;
Se arrastra un tren distante, y el penacho de humo
Con una raya negra entristece la hora.

Yo beso dulcemente los ojos que venero,
Perversos, sin quererlo, al confesarse tanto,
Y ni mi boca tiembla ni se me anima el llanto:
¡ Yo no odio ni sufro, solamente me muero!

¡DEJADME LLORAR!

Mis palabras están todas dichas...
¿La nueva?, preguntáis...
Ah, quien pudo decirla, ciertamente,
No la pronunciará.
Mis palabras están todas dichas,
Las divinas pasaron ya.
Palabras que lleguen... ¿qué me importan, alma?
La nueva palabra nadie la dirá.

Quién pudo decirla, duro y frío clava
Sus ojos en mi alma. Me pongo a rezar
Bajo el hielo lento de sus ojos pardos.
Digo: no me hiráis
Palabras y cosas, ya sois para otros;
Yo no tengo más
Que dos ojos fríos y palabras dichas.
¡Dejadme llorar!...

PAZ

Vamos hacia los árboles... el sueño
Se hará en nosotros por virtud celeste.
Vamos hacia los árboles; la noche
Nos será blanda, la tristeza leve.

Vamos hacia los árboles, el alma
Adormecida de perfume agreste.
Pero calla, no hables, sé piadoso;
No despiertes los pájaros que duermen.

CARTA LÍRICA A OTRA MUJER

Vuestro nombre no sé, ni vuestro rostro
Conozco yo, y os imagino blanca,
Débil como los brotes iniciales,
Pequeña, dulce... Ya ni sé... Divina.
En vuestros ojos placidez de lago
Que se abandona al sol y dulcemente
La absorbe su oro mientras toda calla.
Y vuestras manos, finas, como aqueste
Dolor, el mío, que se alarga, alarga,
Y luego se me muere y se concluye
Así, como lo veis, en algún verso.
Ah, ¿sois así? Decidme si en la boca
Tenéis un rumoroso colmenero,
Si las orejas vuestras son a modo
De pétalos de rosas ahuecados...
Decidme si lloráis, humildemente,
Mirando las estrellas, ¡ tan lejanas!...
Y si en las manos tibias se os aduermen
Palomas blancas y canarios de oro.
Porque todo eso, y más, vos sois, sin duda;
Vos, que tenéis el hombre que adoraba
Entre las manos dulces, vos la bella
Que habéis matado, sin saberlo acaso,
Toda esperanza en mí... Vos, su criatura.

Porque él es todo vuestro: cuerpo y alma.
Estáis gustando del amor secreto
Que guardé silencioso... Dios lo sabe
Por qué, que yo no alcanzo a penetrarlo.
Os lo confieso que una vez estuvo
Tan cerca de mi brazo, que a extenderlo
Acaso mía aquella dicha vuestra
Me fuera ahora.. ¡ Sí! acaso mía...
Mas ved, estaba el alma tan gastada
Que el brazo mío no alcanzó a extenderse:
La sed divina, contenida entonces,
Me pulió el alma... ¡Y él ha sido vuestro!
¿Comprendéis bien? Ahora, en vuestros brazos,
El se adormece, y le decís palabras
Pequeñas y menudas que semejan
Pétalos volanderos y muy blancos.
Acaso un niño rubio, vendrá, luego,
A copiar en los ojos inocentes
Los ojos vuestros y los de él, unidos
En un espejo azul y cristalino...
¡ Oh, ceñidle la frente! ¡ Era tan amplia!
¡ Arrancaban tan firmes los cabellos
A grandes ondas, que a tenerla cerca
No hiciera yo otra cosa que ceñirla!
Luego dejad que en vuestras manos vaguen
Los labios suyos; él me dijo un día
Que nada era tan dulce al alma suya
Como besar las femeninas manos...
Y acaso, alguna vez, yo, la que anduve

Vagando por afuera de la vida
—Como aquellos filósofos mendigos
Que van a las ventanas señoriales
A mirar sin envidia toda fiesta—,
Me allegue humildemente a vuestro lado
Y con palabras quedas, susurrantes,
Os pida vuestras manos un momento,
Para besarlas, yo, como él las besa...
Y al recubrirlas, lenta, lentamente,
Vaya pensando: aquí se aposentaron
¿Cuánto tiempo, sus labios, cuánto tiempo
En las divinas manos que son suyas?
Oh qué amargo deleite, este deleite
De buscar huellas suyas y seguirlas
Sobre las manos vuestras tan sedosas,
Tan finas, con sus venas tan azules.
Oh, que nada podría: ni ser suya,
Ni dominarle el alma, ni tenerlo
Hendido aquí a mis pies, recompensarme
Este horrible deleite de hacer mío
Un inefable, apasionado rastro.
Y allí en vos misma, si, pues sois barrera,
Barrera ardiente, viva, que al tocarla
Ya me remueve este cansancio amargo,
Este silencio de alma en que me escudo,
Este dolor mortal en que me abismo,
Esta inmovilidad del sentimiento
Que sólo salta, bruscamente, cuando
Nada es posible!

NOCHE DIVINA

Este jardín nos cede su delicia,
Nos cede el árbol de manzanas lleno;
Fuente de dioses a la sed propicia,
Pan del instinto, para el hambre, bueno.

Más blanco mármol, sin igual pudicia,
Fija en nosotros su mirar sereno:
Muslo desnudo, vigoroso el seno,
Puro, como la luz que lo acaricia.

Se hacen tus ojos demasiado azules,
Cubren tus manos impalpables tules
Y algo divino te levanta en vuelo.

No cortemos la fruta deleitosa
Y mire el alma para nunca rosa,
Como es de azul la beatitud del cielo.

PESO ANCESTRAL

Tú me dijiste: no lloró mi padre;
Tú me dijiste: no lloró mi abuelo;
No han llorado los hombres de mi raza,
Eran de acero.

Así diciendo te brotó una lágrima
Y me cayó en la boca... más veneno
Yo no he bebido nunca en otro vaso
Así pequeño.

Débil mujer, pobre mujer que entiende,
Dolor de siglos conocí al beberlo:
¡ Oh, el alma mía soportar no puede
Todo su peso!

MODERNA

Yo danzaré en alfombra de verdura,
Ten pronto el vino en el cristal sonoro,
Nos beberemos el licor de oro
Celebrando la noche y su frescura.

Yo danzaré, como la tierra, pura,
Como la tierra, yo seré un tesoro,
Y en darme pura no hallaré desdoro,
Que darse es una forma de la Altura.

Yo danzaré para que todo olvides,
Yo habré de darte la embriaguez que pides
Hasta que Venus pase por los cielos.

Empero, algo te será escondido,
Que pagana de un siglo empobrecido
No dejaré caer todos los velos.

ROMANCE DE LA VENGANZA

Cazador alto y tan bello
Como en la tierra no hay dos,
Se fue de caza una tarde
Por los montes del Señor.

Seguro llevaba el paso,
Listo el plomo, el corazón
Repicando, la cabeza
Erguida, y dulce la voz.

Bajo el oro de la tarde
Tanto el cazador cazó,
Que finas lágrimas rojas
Se puso a llorar el sol...

Cuando volvía cantando
Suavemente, a media voz,
Desde un árbol, enroscada,
Una serpiente lo vio.

Iba a vengar a las aves,
Mas, tremendo, el cazador,
Con hoja de firme acero
La cabeza le cortó.

Pero aguardándolo estaba
A muy pocos pasos yo...
Lo até con mi cabellera,
Y dominé su furor.

Ya maniatado le dije:
—Pájaros matasteis vos,
Y voy a tomar venganza,
Ahora que mío sois...

Mas no lo maté con armas,
Busqué una muerte peor:
Lo besé tan dulcemente
Que le partí el corazón!

Envío

Cazador: si vas de caza
Por los montes del Señor,
Teme que a pájaros venguen
Hondas heridas de amor.

VIEJA LUNA

Me protegen tus brazos del invierno.
Bajo tu amparo tierno
Dejo pasar las horas en letargo
Triste y largo.

Siento que toda cosa me es amada,
Que de la caridad estoy acompañada.
Amo hasta el mal que hierde:
—¡Piedad para el que muere!

Oh vieja luna, descarnado mundo
Que recorres el cielo en silencio profundo.
¡Cuánto calor tiene el amado mío!...
Luna, ¿no tienes frío?

LLÉVAME

Quiero olvidar que vivo: llévame a donde sea;
Enrédame en tu alma; la aurora centellea.

Tómame entre tus manos como blanco capullo
Y muéstrame a los dioses con gloria y con orgullo.

¡Llévame! Está la noche muy negra y muy sombría!...
La muerte por los mundos anda de cacería.

Hazme olvidar lo mucho que me pesa en los hombros
Esta carga pesada de pesados escombros.

¡Libértame! En tus manos yo quiero pesar menos
De lo que pesan—luces—los pensamientos buenos.

Liviana más que el aire, más que el aire liviana;
Como globo de espuma que asciende en la mañana.

Espuma, brisa, aroma, capullo, flor, fragancia:
Llévame para siempre sin rumbo ni distancia.

SOY ESA FLOR

Tu vida es un gran río, va caudalosamente;
A su orilla, invisible, yo broto dulcemente.
Soy esa flor perdida entre juncos y achiras
Que piadoso alimentas, pero acaso no miras.

Cuando creces me arrastras-y me muero en tu seno,
Cuando secas me muero poco a poco en el cieno;
Pero de nuevo vuelvo a brotar dulcemente
Cuando en los días bellos vas caudalosamente.

Soy esa flor perdida que brota en tus riberas,
Humilde y silenciosa, todas las primaveras.

SI PUDIERA...

La blanca perra ratonera, salta
Sobre el ratón y hundiéndole los dientes
Le quiebra el cuello... Queda el cuerpecito
Del roedor ensangrentado. Tiene
La pata hundida en él la cazadora;
Lo abandona un momento... luego vuelve;
Pone el hocico cerca de la sangre,
Resopla, gime y huele.
Luego, hasta su casucha, se lo lleva
Prendido entre los dientes,
Y allí lo guarda. Las orejas tensas,
Se pone a contemplarlo fijamente...

¡Crueldad terrible!... Un día, tú, el lejano,
Pálido y fino, casi transparente,
Fuiste por mi sangrado. Yo jugaba
El juego astuto con que Dios nos mueve:
Un momento de olvido, de abandono
De mi conciencia y afilados dientes
Nacieron en mi boca de cristiana;
Tu estabas cerca. Tuve que morderte.
Mas oye bien: cuando los rayos tuestan
Las manos blancas y las blancas frentes,
No saben que hacen daño a la belleza...

Tampoco sabe el invisible germen,
Que hundido en el pulmón cavernas cava,
Que está minando un tronco bello y fuerte.
Porque no piensan nada, nada saben,
Y obran así porque Algo lo consiente.
Mira; cuando entregada como a un sueño
te veía sufrir entre mis redes,
Y te dejaba, y luego te atraía,
Como nada pensaba, era inocente...

Veo el pequeño ratoncito, ahora,
En la casucha... Miro... No se mueve..
La cabecita tiene desgarrada
Y el hocico entreabierto humildemente...
Y se me sube al corazón la tarde
En que te abandoné: mis ojos crueles
Vieron que tu cabeza se doblaba, A punto de caerse...
¿Dónde te has ido, tú, que eras tan suave,
Tan delicado, y de mirar doliente?
Son las dos de la tarde cuando escribo,
Y esta desperezándose Septiembre.
Fino calor me azula el alma y pienso
Que te besé los ojos... ¿Ya no vuelves?...
¿Has muerto acaso? ... ¿Lees algún libro
Que yo escribí? ... ¿Me odias?... ¿La corriente
De un río sigues en liviana barca
Bajo este sol dorado?... ¿Miras?... ¿Sientes?...

¿Doblado estás sobre los ojos suaves
De una suave mujer que te comprende?...
¿Le cuentas a tu madre tanto daño
Como te hice y juntas a tu frente
Su frente coronada por los blancos
Cabellos?... ¿Me perdonas?... Di, ¿me entiendes?..

¡Cómo era blando tu decir! Tus labios
¡Cómo temblaban!... ¡Si pudiera verte,
Sentarte aquí a mi lado, arrodillarme,
Besarte las rodillas y la frente!
Si pudiera tomarte como a un niño
Sobre los brazos, y hacia el campo verde
huir contigo y descolgando el cielo
En su azul arrullarte y envolverte!
¡ Si pudiera, mirándote los ojos,
Lavarme de mí misma, de la ardiente
Mujer de las cavernas, del pesado
Cuerpo que al alma envuelve!...
No una mujer, no carne, no esta forma:
Una música que anda y que sostiene
Un cuerpo dulcemente abandonado,
Eso quisiera ser para mecerte

Por la cueldad de Dios, a tu destino
Ligada quedo: la pasión más fuerte
No me ataría, no, como tu labio
Que tembló, blanco, imperceptiblemente.

Pero no me crearás: la garra mía
Te ha de doler por siempre,
Y esta música fina que es mi alma
No has de escucharla, ¡oh tú, que la mereces!

NOCHE LÚGUBRE

Estaba la noche compacta y sombría
Cuando me detuve de golpe a tu puerta,
Tu puerta de oro donde estaba escrito:
"Golpea, viajera".

Estaba tu casa rodeada de plantas
y llena de luces en medio a la estepa;
Sonaban laúdes, trepaban rosales
Por sobre las verjas.

—¡Ábreme!—Mi grito resonó en la noche
Y huyeron del cielo todas las estrellas...
—¡ Ábreme!—Mi grito se hinchó en el desierto,
Palpitó la arena.

Rebaños de lobos hambrientos me siguen,
Serpientes y tigres, leones y hienas,
Me buscan los rastros, me siguen aprisa,
¡ Ábreme tu puerta...!

—Dame un rincón blando dentro de tu pecho
Para que repose, toma las cadenas
Que oprimen mis brazos y cárgalas, ponme
Piadoso tus vendas.

Me echaré a tus plantas, humilde, sumisa,
Guardaré tus ojos, beberé tus penas,
Viviré de tu alma, pero dame, dulce,
Dame el alma entera.

Te asomaste entonces; debajo tus manos
Como la esperanza se movió tu puerta:
Miraste mis ojos, mis ojos sombríos,
Mi boca en tormenta.

Miraste el desierto...—y aullidos de lobos,
Silbidos de serpientes, rugidos de hienas
Sonaron terribles. Las sombras estaban
Compactas y negras.

—Me buscan, me siguen, repetí temblando...
(Mis ojos echaban la luz de una hoguera.)
—Me buscan, me siguen... Rasgarán mis manos,
Comerán mi lengua.

Pero tu mirada se volvió de hielo;
—Queman demasiado tus ojos, viajera,
Me dijo tu boca—; sigue tu camino,
No es tuya mi puerta.

Mi casa es de sombras, de dulce reposo,
De apacible aroma, de tranquilas selvas,
Me traes la noche, mujer; en tus manos
Se ve la tormenta.

Camino al desierto me volví gritando:
¡Leones y tigres, serpientes, panteras,
Rasgadme las carnes, libertadme el alma,
Oh malas, sed buenas..!

Una a una luego por el lado mío,
Piadosas y tristes, pasaron las fieras...
¡Cerrada tu alma!... ¡Cerrada tu alma!.,
No había una estrella.

LANGUIDEZ

Está naciendo octubre
Con sus mañanas claras.
He dejado mi alcoba
Envuelta en telas claras,
Anudado el cabello
Al descuido; mis plantas
Libres, desnudas, juegan.

Me he tendido en la hamaca,
Muy cerca de la puerta,
Un poco amodorrada.
El sol que está subiendo
Ha encontrado mis plantas
Y las tiñe de oro...

Perezosa mi alma
Ha sentido que, lento,
El sol subiendo estaba
Por mis pies y tobillos
Así, como buscándola.

Yo sonrío: este bueno
De Sol, no ha de encontrarla,
Pues yo, que soy su dueña,
No sé por dónde anda:
Cazadora, ella parte,
Y trae, azul, la caza...

Un niño viene ahora,
La cabeza dorada...

Se ha sentado a mi lado
Sin pronunciar palabra;
Como yo el cielo mira,
Como yo, sin ver nada.
Me acaricia los dedos
De los pies, con la blanca

Mano; por los tobillos
Las yemas delicadas
De sus dedos desliza...
Por fin, sobre mis plantas
Ha puesto su mejilla,
Y en la iría pizarra
Del piso el cuerpo tiende
Con delicada gracia.

Cae el sol dulcemente,
Oigo voces lejanas,
Está el cielo muy lejos...
Yo sigo amodorrada
Con la cabeza rubia
Muerta sobre mis plantas.

Siento golpear la arteria
Que por su cuello pasa.

HAN VENIDO...

Hoy han venido a verme
Mi madre y mis hermanas.

Hace ya tiempo que yo estaba sola
Con mis versos, mi orgullo... casi nada.

Mi hermana, la mayor, está crecida;
Es rubiecita; por sus ojos pasa
El primer sueño: he dicho a la pequeña:
—La vida es dulce. Todo mal acaba...

Mi madre ha sonreído como suelen
Aquellos que conocen bien las almas;
Ha puesto sus dos manos en mis hombros,
Me ha mirado muy fijo...
Y han saltado mis lágrimas.

Hemos comido juntas en la pieza
Más tibia de la casa.
Cielo primaveral... Para mirarlo
Fueron abiertas todas las ventanas.

y mientras conversábamos tranquilas
De tantas cosas viejas y olvidadas,
Mi hermana, la menor, ha interrumpido:
Las golondrinas pasan..

LUNA LLENA

¡Oh, llamas, llamas...! Campanilla de oro
Suenas tu lengua, y en las manos llevas
La miel que no he gustado, y en tus ojos

Se carcajea, alegre, Primavera.
¡Ya voy...! ¡Ya voy...! aguárdame, que aún tengo
Que poner rosas frescas en las sienes
Y soltar los cabellos y ceñirme
Un cinturón de plata; dulcemente
Caeré a tus pies bajo la luna llena...
¡ Oh, quítame las rosas: dame mieles...!

Yo tornaré bajo la fronda oscura,
Silenciosa y temblante, la cabeza
Desprovista de flores, y en la boca
El zumo gris que exprime la Tristeza.

¡Oh nunca más sobre mi frente rosas,
Oh nunca más la voz que sabe a tierra
Y hace sonar las campanillas de oro
A cuyos toques baila Primavera!

¡Cómo estará de triste aquella fronda,
Cómo estará de pálida la luna
Cuando regrese sola,
Cuándo te deje y huya!
(Y en tanto estoy ungiendo mis cabellos)
Ya la noche se acerca...
Tu voz suena distante y en el cielo
Me asusta el disco de la luna llena.

SÁBADO

Levanté temprano y anduve descalza
Por los corredores; bajé a los jardines
Y besé las plantas;
Absorbí los vahos limpios de la tierra,
Tirada en la grama;
Me bañé en la fuente que verdes achiras
Circundan. Más tarde, mojados de agua
Peiné mis cabellos. Perfumé las manos
Con zumo oloroso de diamelas. Garzas
Quisquillosas, finas,
De mi falda hurtaron doradas migajas.
Luego puse traje de clarín más leve
Que la misma gasa.
De un salto ligero llevé hasta el vestíbulo
Mi sillón de paja.
Fijos en la verja mis ojos quedaron,
Fijos en la verja.
El reloj me dijo: diez de la mañana.
Adentro un sonido de loza y cristales;
Comedor en sombras; manos que aprestaban
Manteles.
Afuera, sol como no he visto
Sobre el mármol blanco de la escalinata.
Fijos en la verja siguieron mis ojos.
Fijos: te esperaba.

TU DULZURA

Camino lentamente por la senda de acacias;
Me perfuman las manos sus pétalos de nieve;
Mis cabellos se inquietan bajo céfiro leve
Y el alma es como espuma de las aristocracias.

Genio bueno; este día conmigo te congracias;
Apenas un suspiro me torna eterna y breve...
¿Voy a volar acaso ya que el alma se mueve?
En mis pies cobran alas y danzas las tres Gracias.

Es que anoche tus manos, en mis manos de fuego,
Dieron tantas dulzuras a mi sangre, que luego,
Lléneseme la boca de mieles perfumadas,

Tan frescas, que en la limpia madrugada de Estío,
Mucho temo volverme corriendo al caserío,
Prendidas en los labios mariposas doradas.

TARDE FRESCA

Andamos por las selvas compactas y olorosas,
nos acosan deseos de volar a las ramas,
de tirarnos al agua, de morder las retamas,
Y colgarnos del cuerpo de rubias mariposas.

De los árboles caen madurados racimos;
Anestesian las flores de la selva profunda;
Nuestras almas se abren y la luz las inunda:
Entran pájaros, ramas, abejorros... reímos.

EL LLAMADO

Es noche; tal silencio
Que si Dios parpadeara
Lo oyera. Yo paseo.
En la selva, mis plantas
Pisan la hierba fresca
Que salpica rocío.
Las estrellas me hablan,
Y me beso los dedos,
Finos de luna blanca.
De pronto soy herida...
Y el corazón se para;
Se enroscan mis cabellos,
Mis espaldas se agrandan;
¡ Oh, mis dedos florecen,
Mis miembros echan alas;
Voy a morir ahogada
Por luces y fragancias...!

Es que en medio a la selva
Tu voz dulce me llama...

HOMBRE PEQUEÑITO...

Hombre pequeño, hombre pequeño,
Suelta a tu canario que quiere volar...
Yo soy el canario, hombre pequeño,
Déjame saltar.

Estuve en tu jaula, hombre pequeño,
Hombre pequeño que jaula me das,
Digo pequeño porque no me entiendes,
ni me entenderás.

Tampoco te entiendo, pero mientras tanto
Ábreme la jaula que quiero escapar;
Hombre pequeño, te amé media hora,
No me pidas más.

CHARLA

Una voz en mi oído graves palabras vierte:
—¿Por qué, me dice, no eres, oh tú, la mujer fuerte?

Es bella la figura de la mujer heroica
Cuidando el fuego sacro con su mano de estoica.

Y yo sonrío y digo: la vida es una rueda,
Todo está bien. Lo malo con lo bueno se enreda.

Si unas no parecieran desertoras vestales,
En fuga hacia las dulces, paganas bacanales,

Las otras no tendrían valor de mujer fuerte:
La vida, al fin de cuentas, se mide por la muerte.

Ya ves: con mis locuras en verso yo he logrado
Distraerte un momento y hacerte más amado

El fino y blanco nombre de la mujer que quieres,
Reservada y discreta: espuma de mujeres.

¿Qué más pides? Con algo contribuí a tu vida,
Pensaste, comparaste; voló el tiempo enseguida.

Mas ni con eso tengo yo tu agradecimiento.
¡Oh, buen género humano, nunca quedas contento!

CAPRICHOS

Escrútame los ojos, sorpréndeme la boca,
Sujeta entre tus manos esta cabeza loca;
Dame a beber veneno, el malvado veneno
Que te moja los labios a pesar de ser bueno.

Pero no me preguntes, pero no me preguntes
Que por qué lloré tanto en la noche pasada;
Las mujeres lloramos sin saber, porque sí:
Es esto de los llantos pasaje baladí.

Bien se ve que tenemos adentro un mar oculto,
Un mar un poco torpe, ligeramente estulto,
Que se asoma a los ojos con bastante frecuencia
Y hasta lo manejamos con rarísima ciencia.

No preguntes, amado, lo debes sospechar;
En la noche pasada no estaba quieto el mar.
Nada más. Tempestades que las trae y las lleva
Un viento que nos marca cada vez costa nueva.

Sí, vanas mariposas sobre jardín de Enero,
Nuestro interior es todo sin equilibrio y huero.
Luz de cristalería, fruto de carnaval
Decorado en escamas de serpientes del mal,

Así somos, ¿no es cierto? Ya lo dijo el poeta:
Movilidad absurda de inconsciente coqueta;
Deseamos y gustamos la miel de cada copa
Y en el cerebro habernos un poquito de estopa.

Bien; no, no me preguntes. Torpeza de mujer,
Capricho, amado mío, capricho debe ser.
Oh, déjame que ría.. ¿No ves qué tarde hermosa?
Espínate las manos y córtame esa rosa.

Í N D I C E

PÁGS.

Alfonsina Storni.....	04
Pudiera ser.....	10
El parque.....	11
Dolor	15
Mi hermana.....	16
Esa estrella	18
Alma desnuda	19
La inútil primavera	21
El león	22
Animal cansado	25
Date más.....	26
Letanías de la tierra muerta	27
¿Verdad?	32
Cuadrados y ángulos	33
La caricia perdida	33
Junto a la ventana	34
¡Dejadme llorar!	35
Paz	36
Carta lírica a otra mujer	37

Noche divina.....	40
Peso ancestral.....	41
Moderna.....	42
Romance.....	43
De la venganza Vieja luna	45
Llévame	46
Soy esa flor.....	47
Si pudiera.....	48
Noche lúgubre.....	51
Languidez.....	53
Han venido	55
Luna llena.....	56
Sábado.....	58
Tu dulzura	59
Tarde fresca.....	60
El llamado	61
Hombre pequeño	62
Charla.....	63
Capricho.....	64

EXTRACTO DEL CATÁLOGO

DE LA

EDITORIAL CERVANTES

Biblioteca poética

Las mejores poesías (líricas) de los mejores poetas

<i>I.</i>	Heine.	<i>XXIV.</i>	Ibarbourou.
<i>II.</i>	Leopardi.	<i>XXV.</i>	D'Annunzio.
<i>III.</i>	Shellev.	<i>XXVI.</i>	Gomes Leal.
<i>IV.</i>	Shakespeare.	<i>XXVII.</i>	Petôfi.
<i>V.</i>	Víctor Hugo.	<i>XXVIII.</i>	Querol.
<i>VI.</i>	Wordsworth.	<i>XXIX.</i>	A. de Quental.
<i>VII.</i>	Pascoaes.	<i>XXX.</i>	Hôlderlin.
<i>VIII.</i>	Verlaine.	<i>XXXI.</i>	Omar Kappâm.
<i>IX.</i>	Musset.	<i>XXXII.</i>	Ausias March.
<i>X.</i>	Novalis.	<i>XXXIII.</i>	Fr. Luis de León.
<i>XI.</i>	Carducci.	<i>XXXIV.</i>	Nietzsche.
<i>XII.</i>	Dante.	<i>XXXV.</i>	Andrés Chénier.
<i>XIII.</i>	Tennyson.	<i>XXXVI.</i>	Paul Fort.
<i>XIV.</i>	Balmont.	<i>XXXVII.</i>	Samain.
<i>XV.</i>	Horacio.	<i>XXXVIII.</i>	Albert.
<i>XVI.</i>	Goethe.	<i>XXXIX.</i>	Agustini.
<i>XVII.</i>	Carrasquilla.	<i>XL.</i>	E. de Castro.
<i>XVIII.</i>	Maragall.	<i>XLI.</i>	Juan Alcover.
<i>XIX.</i>	Lord Byron.	<i>XLII.</i>	Lamartine.
<i>XX.</i>	Môrike.	<i>XLIII.</i>	Storni.
<i>XXI.</i>	Rubén Darío.	<i>XLIV.</i>	Junqueiro.
<i>XXII.</i>	Camões.	<i>XLV.</i>	Gabriela Mistral.
<i>XXIII.</i>	Nazariantz.	<i>XLVI.</i>	Djelal Eddin Rumi.

XLVII.	Edgar Poe.
XLVII.I	E. González Martínez.
XLIX.	Daniel de la Vega.
L.	Amalia Puga.
LI.	María Monvel.
LII.	Jacinto Verdaguer.
LIII.	Alicia Lardé.
LIV.	Baudelaire.
LV.	Carlos Prenden Baldías. .
LVI.	Hafiz.
LVII.	Rodenbach.
LVI1I.	Puskhin

Cada tomito, en rústica, Ptas. 1'50; en tela, pesetas 4; en piel, con planchas de oro fino, Ptas. 10.

obras poéticas de elisabet mulder

Embrujamiento.—Ptas. 3.

La canción cristalina.—Ptas. 2,50.

Sinfonía en rojo (prólogo de María Luz Morales).

Ptas. 3.

M. DELASCUEVAS Y GARCÍA

Los rosales florecen. —Ptas. 5.

JORGE CARUERA ANDRADE

Boletines de mar y tierra

(Prólogo de Gabriela Mistral) —Ptas. 2,50.

ANTONIO GUZMÁN MERINO

Romances andaluces.—Ptas. 3,50.

Ptas. 1'50

